# Los Novelas

LA PRIMER

TRAGEDIA

POR

MARÍA ALVAREZ

DE BURGOS

5 cts.

Año I Barcelona 27 Mayo 1916 Núm. 9

# LOS NOVELES

REVISTA SEMANAL

CONSAGRADA A LA JUVENTUD LITERARIA

PUBLICARA EN CADA NUMERO
UNA PRECIOSA OBRA
DE UN AUTOR NOVEL

APARECE LOS SÁBADOS

Propietario: Antonio Baeza — Director Artístico: F. MARTÍ LLORET

Correspondencia Administrativa: Calle Oliveras, 7 (Guinardó)
Correspondencia Literaria: Sarbará, 35, 2.°, 1.ª (Izquierda)

**ADVERTENCIAS: Solo se admiten obras completas y en prosa de unas 50 cuartillas de extensión - Es imposible sostener correspondencia - No se devuelve ningún original**

## OBRAS ADMITIDAS

Los Irredentos (Tarragona).—Contra el destino (Barcelona).—La novela de un novel (Palencia).—Lo que tenía que suceder (Madrid).- El obstáculo (Barcelona).—Las hay precoces (Barcelona). - Las tres edades de Cristo (Madrid).

## OBRAS RECHAZADAS

Alma Femenina.—Por la causa.—Pendientes del Destino.—Así es la historia.—Las añoranzas del abuelo. - La Casa de Dios. Historia de dolor - Estrella romántica.—Una esposa.—María —El hijo del doctor. El poema de las lágrimas. - Nada hay más fuerte Raíces.—La novela de una madre.—La diosa Tisis.—La Monja.—El ambiente catalán.—Amor desdichado.—Desgraciado fin.—Cuento de Cuentos.—Entre picachos. Hidalga. Clarísa la Santa.—Del ensueño y de la vida - Noche de moda.—¿Bestias de Noria?—Almas hidalgas.—Primeros frutos —Amor y Locura.—La profecía del alfiler. - Las tribulaciones del Protasio Enjundia.—El linaje revive - Maldición de Dios.—El fin de unos amores.—Hernani.—A la callada.—La casa azul.—Prueba de amor.—La torre de la monja. Amor sensual

## Obras publicadas

Núm. 1.—**La Mansión del Bien**, por F. Martí Lloret.
" 2.- **El Sentido Trágico**, por J. M Castellví.
" 3.—**Historia Triste**, por Angel Requena
" 4.—**Lágrimas de D. Juan**, por Amichatis.
" 5.—**Cinematomanía o La botella lacrada o La mano que afloja**, por Ramoncito Pellico.
" 6.—**Asunto humano**, por Emilio Gomez de Miguel.
" 7.—**Mentida venganza**, por José M.ª Ballerter.
" 8. **Peregrinos de amor**, por Vicente Chalons

**Número suelto 5 céntimos ◆ Suscripción, un año 3 pesetas**

NO SE ADMITEN SELLOS DE CORREO

LOS NOVELES Publicarán en su próximo número VISION BLANCA novela por DIONISIO LAGUÍA

# LA PRIMER TRAGEDIA

(NOVELA)

## CAPITULO I

### Los recuerdos del colegio

Cuando Gloria despertó, sus ojos recorrieron absortos el dormitorio, sorprendidos de no encontrar la larga fila de camitas blancas, las uniformes mesas de noche, ni las estampas de santos que ornaban el frío dormitorio del colegio, con sus escenas de martirio y aquellos gestos de supremo dolor, que la hacían apartar la vista horrorizada, buscando el suave verdor de los árboles que subían hasta los amplios ventanales.

Ahora, acariciada por los ténues colores y las delicadas sedas de la elegante alcoba, Gloria iba recordando toda su vida de colegiala, con la dulce tristeza de las cosas que se pierden.

Se veía con su uniforme a rayas azules, exento de toda gracia, amplio y desgarbado, que hacía parecer a todas iguales en esa promiscuidad que prestan los trajes hechos por manos monjiles y que no siguen ninguna moda. Muchas veces ella, al pasar por la galería, se miraba en los cristales, (los espejos estaban prohibidos) y arreglaba con cierta innata coquetería algunos pliegues del ancho delantal, ciñéndolo a su cuer-

pecito, aun falto de la graciosa forma. Otras veces era una cinta la que venía a adornar sus cabellos peinados hacia atrás, pero bien pronto le era preciso quitársela ante la severa mirada de una monja. Recordaba un día en que se puso papelillos en el pelo para rizárselo y Sor Ana, la encargada del dormitorio, se los hizo quitar diciéndole:

—Es necesario que no piense tanto en adornarse dando mal ejemplo a sus compañeras.

Cuando cumplió los quince años una inmensa tristeza se apoderó de ella. Se apartaba de sus amigas para ir a refugiarse en la capilla húmeda y fría y llorar, llorar mucho, hasta que cualquier cosa: una monja que tropezaba en un banco, la entrada de una compañera o el garraspeo del viejo capellán, la hacían prorrumpir en una risa sonora, algo nerviosa, que indignaba a todas, entonces salía corriendo, tiraba de las trenzas a las pequeñas, les quitaba los libros les hacía dar vueltas con ella, las besaba apasionada, o les tiraba pellizcos armando un griterio infernal, hasta acabar rendida con otra crisis de llanto.

Esperaba con un ansia enorme, el día que su padre venía por ella en el lujoso automóvil. Se ponía sonriente el uniforme, sin reparar en la fealdad del traje que tanto la inquietaba los otros días. Salía corriendo para no perder un minuto, abrazaba a su padre nerviosa, sin demasiada efusión, y sólo respiraba cuando el *auto* se ponía en marcha. Llegados a la casa se dirigía al cuarto de su hermana mayor, deshacía el peinado del colegio destapaba los frascos de perfume, rociándose con ellos, se sentaba en las mullidas butaquitas levantándose a cada momento para ir a mirarse al espejo, y así pasaba toda la mañana.

Por la tarde empezaba a sufrir de nuevo, veía con terror el momento de volver a su encierro y cuando sentía la bocina del automóvil que la esperaba, contenía a duras penas el llanto y abrazándose mimosa a su padre, le encargaba tenazmente que fuera pronto por ella otra vez.

Ya de vuelta sus compañeras la rodeaban.

—¡Chica, qué perfume!

—¡Te has rizado el pelo!

Y Sor Ana con severidad:

—Niñas, al dormitorio.

En la blanca camita mil fantasías agitaban su mente; se veía elegantísima, con ricos vestidos y con un gallardo mozo al lado que le decía mil cosas y que se parecía un poquito al futuro de su hermana; así se quedaba dormida, entre una sonrisa y una lágrima.

¡Cuántas veces su imaginación inquieta soñaba en escaparse del colegio, en dejar aquella vida! Una noche se levantó descalza y bajó las escaleras del jardín, de pisar la tierra húmeda miró miedosa alrededor las negras ramas de los árboles se le figuraron brazos que se extendían hacie ella y corrió a refugiarse de nuevo en el dormitorio llena de espanto.

Otro día, en la capilla, pensó saltar por una ventana baja que daba a la calle, se subió en una silla, descorrió el pasador y al volver la cabeza para observar si la veían, lanzó un grito de terror; le había parecido que la imagen de madera de la virgen le regañaba con la mirada.

Y así pasaron tres años. Gloria se transformaba y apesar de la poca estética del atavío, se veía en ella el despertar de una frágil belleza de rubia. Los ojos, velados por largas pestañas de oro, tenían un íntimo dulzor en el fondo de sus pupilas azul obscuro; la boca, bien delineada, era de un rosa delicado; aguileña la nariz, el cutis blanco, sin ese blancor de yeso que cansa la vista; y las formas, gráciles, conservaban aun algo de infantil.

También se transformaba su espíritu. Pasaron las locuras y los llantos, una serenidad grandísima dulcificó su carácter; soñaba, soñaba siempre, pero sin turbulencias, sin las locas ansias de antes; ahora esperaba serena y confiada, sin impaciencias que amargaran su vida.

Tenía una ternura inmensa por sus compañeras, sobre todo por las pequeñas. Muchas veces sentía asomar lágrimas a los ojos cuando acariciaba una cabecita infantil.

Por fin su padre le anunció la salida del colegio—la hija mayor se había casado y él no quería quedarse solo.—No acogió la noticia con la ruidosa alegría

que ella esperaba, sonrió complacida y se dispuso a abandonar la casa que recogió toda su vida de niña, que guardaba sus mayores tristezas y sus más locas alegrías... El último día de su estancia en el colegio, un dolor agudo le martirizaba el corazón, recorría con la vista, los objetos familiares, hubiera querido llevarse algún recuerdo de cada compañera. Temió luego confundirlas y amalgamarlas en un recuerdo común. Se acordaba de todas las monjas: Sor Rosario, la novicia, con su cara morena y pícara entre las blancas tocas. Sor Dolores, viejecita arrugada y buena; y hasta de la gruñona Sor Ana con la que nunca se llevó bien. Aquella noche la camita de sábanas blancas y rameada colcha, recibió el raudal de sus lágrimas hasta después de amanecer, que se quedó dormida con los labios plegados en un rictus doloroso.

Ahora, en su casa, en el cuartito que siempre había sido su sueño, sintió que se le apretaba el corazón con los recuerdos; le pareció muy lejana toda aquella vida y lloró de nuevo sobre las finas holandas de las sábanas.

## CAPITULO II

### Transformacion

El comienzo de su nueva vida sumió a Gloria en un vértigo que le hizo, (ya pasada la crisis sentimental), olvidarse del colegio y sólo de vez en cuando le dedicaba un dulce recuerdo. Su carácter sufrió un nuevo cambio. La dominaba un ansia de vida, llenándola de una alegría sana, pasadas las melancolías, las rabias y las displicencias, sólo quedó en ella un espíritu abierto a todas las emociones, y una gran curiosidad que se asomaba a sus ojos ingenuos. Su belleza aun no se hacía notar en las pequeñas reuniones a que asistía, quizás por demasiado infantil o por no haber perdido ese aire tímido que se adquiere en los colegios de monjas.

Algunos jovencitos la habían mirado amorosos, pero ante la serendiad de los bellos ojos, sonrieron displicentes; eran esos niños que desean a la mujer procaz que sabe mirar descarada, y rechazan con el epíteto de *sosas*, a las mujercitas ingenuas que se asoman a la vi-

da y que les ofrecen una juventud sin complicaciones.

Tampoco Gloria se fijó en ellos, su ideal estaba muy lejos de parecerse, al tipo común de aquellos muchachos degenerados, con cabecita de sienes deprimidas, pies y manos grandes, y cuerpo raquítico, vestidos con estudiada extravagancia, y adornados con pulseras de jade verde, como cocotas *au bon marché*.

Muchas veces se encontraba muy sola, enmedio de una reunión, entre la frivolidad de aquel mundo, que sin embargo deseaba, y entonces era cuando se le escapaba el corazón en busca de algo que no sabía determinar.

Aquella tarde, sentada entre sus amiguitas, se sentía trsite, y hubiera deseado encontrarse sola; poco a poco, mientras las otras reían, oyendo las gracias de unos cuantos jóvenes, Gloria se deslizó hacia el ángulo opuesto del gabinete y saliendo al balcón se apoyó en el barandal.

—¿Qué le pasa a usted Gloria?

Se volvió sorprendida, detrás de ella, Enrique Fresneda, el hombre mundano, de ojos cansados y ojeras de vicio, boca marchita y empaque elegante, algo *posser* la miraba sonriendo.

Veló ella dulcemente los ojos y respondió tímida:

—No me pasa nada, sentía calor...

—¡Qué bonita es usted!

Se desconcertó Gloria ante la inesperada galantería, era quizás el primer piropo que escuchaba tan directamente y casi estuvo por decir una vaciedad aprendida en el colegio: «favor que usted me hace, muchas gracias», pero calló con algo de vergüenza. La mirada de Enrique, posada en ella, la estremecía, eran unos ojos que parecían querer indagar su almita blanca, se sentía molesta, hizo un movimiento para alejarse pero él la detuvo.

—No sea usted niña, vamos a ser muy buenos amigos, usted me permitirá que yo le dé algunos consejos. Es usted muy bonita, pero puede serlo más...

Sonrió ella sin saber que decir, él continuó:

—Cuando la conocí me pareció usted un chicuelo travieso, tiene un cuerpo de androjino encantador, sin

esas líneas amazacotadas de la carne, ¿por qué no se corta usted el pelo?

No comprendía Gloria aquel lenguaje y sin embargo le gustaba oirlo. Seguía él gozándose en su turbación, encontrando un malsano placer en macular su espíritu y empañar la serenidad de los ojos, Gloria, angustiada, lo escuchaba con algo de espanto, toda su educación monjil se revolvía en ella, al oir aquellas frases de elogio que tenían un sabor extraño. Por fin, la voz de una amiga que se marchaba la libertó y corrió a despedirla con una efusión extraña en ella.

Cuando se retiró a su cuarto una multitud de pensamientos acudieron en tropel a su cabecita. Enrique figuraba en ellos inquietándola.—«¿Por qué no se corta usted el pelo?»—¿Cómo estaría ella con el pelo cortado? Por primera vez se desnudó delante del espejo, con cierta pecaminosa coquetería, y aquella noche se drumió, acariciada por la inquietante mirada de los ojos cansados y perversos.

## CAPITULO III

### El amor llega

Desde aquella tarde, Gloria no rehuyó la compañía de Enrique que parecía dedicarle una especial atención. Se sentía atraída por su charla frívola que abria ante ella caminos desconocidos.

En cuanto a él, con ese deseo de los hombres gastados, amantes de todo lo nuevo, de todo lo perverso, sentía cierta afición por aquella muchachita de sexo aun poco definido, algo andrógino y se entretenía en un juego de esprit sin reflexionar en el dolor que podía causarla. Su vanidad se sentía halagada por la admiración que Gloria demostraba hacia su exquisito arte de novelista y pensaba con deleite en la frescura deliciosa de sus diez y ocho años, como esos enfermos que experimentan un intenso placer al apoyar las manos calenturientas en la frialdad de un mármol.

Nerviosa e impaciente, Gloria iba y venía del balcón al gabinete; esperaba a Enrique, que le había pro-

metido ir a la reunión de aquella tarde, él, siempre tan galante, se retrasaba demasiado. Por fin llegó. Venía deprisa, el compromiso con unos amigos, le privaba del placer de estar con ella. Hablaron unos momentos Enrique se distraía, siguió ella curiosa la mirada y la vió fija con interés en Blanquita Ríos, una muchacha de aspecto decidido, con melena roja y ojos verdes, en los que se encendía una luz extraña.

—Es atrayente esa mujer—dijo Enrique.—¡Lástima que parezca tan gastada! fíjese, Gloria, los ojos son interesantes; un poco *venenosos* y el pelo rojo, parece envolverla en una llama.

Calló Gloria disgustada, sentía un extraño sentimiento de repulsión hacia Enrique, algo que ella misma no sabía explicarse, pero que la entristecía...

Por fin él apartó los ojos de Blanquita y con ese tono de voz y esa frivolidad con que pasaba de un asunto a otro, le preguntó:

—¿Quiere usted venir a ver bailar a Judith?

Rió ella.

—¡Pero si eso es imposible!

—No crea usted que la invito a venir sola, eso sería encantador... pero aquí en España... Su hermana Luisa aceptará contenta y en cuanto a su marido, lo dejará más contento aún. Además es un espectáculo que puede usted ver. Se lo diremos a Luisa, precisamente viene hacia aquí.

La hermana de Gloria se acercó a ella. Era una mujercita menuda, de cara infantil y gestos de niña. Enrique se adelantó y le besó la mano con aquel aire de bohemio elegante un poco *epatant*.

—Luisa, precisamente íbamos en su busca.

—¿Sí? ¿y para qué? (era una vocecita suave, también infantil).

—Esta noche vengo por ustedes para ir a ver bailar a Judith.

Protestó Luisa:

—No sé si Gloria...

Pero él la atajó:

—Gloria puede ir perfectamente, es un espéctáculo nada pecaminoso. ¡Una mujer que danza!

Y sin dejar que protestara de nuevo, volvió a besar

su mano y mirando a Gloria que sonreía satisfecha, se despidió.

—Adiós, señorita, hasta luego.

—Adiós, venga pronto.

Pasó toda la tarde deseando que se fuera la gente, apenas prestaba atención a lo que le decían, gozar de un espectáculo nuevo para ella en compañía de Enrique la atraía demasiado para poder preocuparse de otra cosa. Cuando el último visitante se marchó respiró tranquila y corrió a vestirse.

Se puso un sencillo traje ligero y elegante y cuando Luisa vino a decirle que su padre y su marido consentían, palmoteó como una chicuela. Cenó ligeramente con el oído atento a la puerta. ¿Si no vendría? ¡Era tan impaciente! aun era temprano...

Cuando tocó Enrique a la puerta, Gloria corrió a recibirlo. Luisa había entrado en el tocador y no salía nunca. ¡Con las ganas de escapar que ella tenía!

Cuando llegaron la función había comenzado. Ocupaba el escenario una bailarina con tipo de carnicera; enfundada en un mantón de Manila verde y rojo y llevando en la cabeza, llena de rizos, un sombrero calañés.

Comentó Enrique:

—Fíjense en esa horrible mujer, apenas si puede moverse e intenta dar saltos y cabriolas, guiña los ojos como queriendo convencernos de su gracia y picardía, pero a cada revuelo de las gasas nos enseña las rollizas piernas enfundadas en horribles medias blancas.

—¡Pobrecilla!—objetó Luisa.

Después de unos cuantos *cuplets* vacíos de sentido, en los que se traslucía una picardía *demodé* y llena de frases de doble intención, fué sustituída la obesa bailarina por una muchacha de rizos negros, apretada en un traje de torero.

—Una mujer está muy bien así—dijo Enrique—cuando no tiene tantas curvas—y volviéndose a Gloria—usted estaría deliciosa.

—¡Qué horror!—protestó ella.

La bailarina repiqueteaba con los tacones en el escenario moviendo las caderas. El público de entrada general y algunos *señoritos* de las butacas la jaleaban. Por fin terminó arrojando besos y descendió el telón

entre aplausos y frases algo picantes que ponderaban los movimientos de la muchacha.

—Ahora viene Judith,—anunció Enrique.

Se apagaron las luces de la sala y sólo quedó una tenue claridad violeta en el escenario. Preludiaron los violines una música lenta, se alzó de nuevo el telón y apareció la escena cubierta de negros paños.

En un rincón del escenario, en el suelo, se movía una forma obscura que poco a poco con raras ondulaciones fué poniéndose en pie hasta aparecer un cuerpo de mujer semi desnudo entre las gasas.

Enrique apoyado con fuerza en la barandilla del palco, seguía todos los movimientos de la danza, mientras decía a sus compañeras:

—Esa mujer es elástica; fíjense ustedes en la gracia de todos sus movimientos, parece enroscarse como una serpiente pronta para la acometida, se retuerce en un dolor supremo, se rinde ahora desfallecida, la boca grande tiene un gesto voluptuoso y los ojos son enormes, fríos y duros...

Gloria experimentaba el mismo sentimiento de repulsión que por la tarde y cerró los ojos para no ver el espectáculo y para no verlo a él, que parecía olvidado de todo lo que no fuera la mujer que se retorcía en posturas absurdas e incomprensibles.

Un grito extraño le hizo mirar de nuevo.

Tendida en el suelo, con la túnica abierta por el vientre, los brazos exangües y la cabeza como tronchada yacía la bailarina. Descendió el telón sin aplausos, todos sentían como un frío que les recorría la médula, paralizando los movimientos. Se levantó Gloria.

—Vámonos, no me siento bien.

Le ayudó Enrique a ponerse el abrigo, estrechando un poco sus hombros ella involuntariamente hizo un gesto de esquivez.

Luisa con su aire infantil exclamaba:

—¡Qué mujer, parece de goma! yo no podría doblarme así.

Empezaron de nuevo los elogios a la bailarina. Gloria pensaba que era de un horrible mal gusto, todo aquello que decía Enrique y se sentía muy triste. Era

la primera amargura de su nueva vida que se apoderaba irreflexiblemente de su corazón.

Volvieron a tomar el coche y Enrique fué de nuevo galante con ella. A favor de la obscuridad, sintió sus rodillas oprimidas por las de él y una mano que buscaba la suya, amparada por el misterio del manguito...

Dulcemente, olvidada de sus rencores pasados, Gloria rindió sus manos a la dulce caricia.

## CAPITULO IV

### Confidencias

Un rumor de voces y el ruido de los balcones al abrirse despertaron a Gloria. Blanquita Ríos corrió a abrazarla.

—Chica, yo soy de confianza y me cuelo, tu doncella no quería dejarme pasar, pero ¡buena soy yo cuando quiero una cosa!

—Es natural mujer—afirmó Gloria. Tú puedes entrar cuando quieras, voy a levantarme...

—Si estás muy bien así. Vengo a charlar un poquito contigo y enseguida me voy. Tengo una cita, ¿sabes? a ti te lo puedo decir porque me inspiras confianza.

—Es como si no se lo dijeras a nadie. Cuenta, cuenta.

Blanquita le cogió amistosamente una mano y con tono un poco patético empezó:

—¡Es tan grato tener una amiga que nos entienda, que sepa comprender nuestro espíritu!—y luego, más efusiva y apasionada.—Si tú tuvieras la misma confianza en mí...

—¡Yo!... No tengo nada que contar.

Rió Blanquita.

—¿Nada?...

—Nada, te lo aseguro... Pero, dime...

—¡Ah, sí! Estoy citada en el Parque del Oeste con un muchacho simpatiquísimo, escritor, está loco por mí.

—¿Y vas sola?

—Claro, mujer. ¿Crees que voy a llevar a la miss.

—No, pero...

—Bah, eso no tiene importancia. ¡Si supieras!...— y veló su voz de misterio.

—¿Qué?

—No, sería inútil, tú me guardas ciertas reservas.

Se dejó Gloria llevar por la curiosidad y afirmó:

—Si tú me lo cuentas... yo también.... te diré algo.

Blanquita sonrió y sacudiendo hacia atrás los rizos rojos se inclinó mimosa sobre Gloria y empezó con voz cálida:

—Estoy enamorada...

—¿De tu novio?

—No, ese es... un entretenimiento. Estoy enamorada de... de un hombre casado...

Se asustó Gloria.

—¡Mujer! ¿Qué dices?

—Lo que oyes, enamoradísima, loca.

—¿Y él?

—También me quiere. Es una pasión que nos avasalla, que nos hace olvidarlo todo para no pensar en nada que no sea nuestro amor.

—¿Y... ella?—insinuó Gloria.

—¿Quién? ¿Su mujer?... ¿Tú crees que por qué cometiera la torpeza de casarse con ella, está obligado a quererla, si son dos espíritus que no se entienden? ¿y crees que no tiene derecho a buscar el amor en un alma que lo comprende como la mía?

—¿Pero, y si ella... lo quiere?

—Que sufra... para eso tiene todas las consideraciones, todoslos privilegios que a mí me niega la sociedad estúpida. Además le dejo el papel más interesante y conmovedor: ¡el papel de víctima! Yo no tengo la culpa, el amor no repara en nada,—y como viera un oculto reproche en los ojos de su amiga, añadió:—Además que yo siempre le aconsejo que la trate bien, és fácil que ni siquiera lo sepa, dentro de nuestra locura guardamos una gran reserva, él no quiere comprometerme.

—¿Y eres feliz?

Se sintió romántica.

—¡Feliz! Todo lo feliz que puedo ser en esta situación.

Gloria tuvo un gesto compasivo hacia la amiga que se les confiaba y estrechó cariñosa sus manos.

—Y ahora tú, Glorita.

—¿Yo?...

Aún sentía cierta vergüenza pero al mismo tiempo el ansia de las confidencias la ganaba. Por un momento pensó que después de la trágica revelación de su amiga, la pequeña historia sentimental que poco a poco había ido haciendo su nido en el corazón, no tenía importancia.. Sin embargo con la voz emocionada musitó:

—Yo también estoy enamorada...

Oirse ella misma le causó extrañeza, le parecía que era la primera vez que así, claro y concisamente, se enteraba de que era amor lo que sentía por Enrique.

—Me lo figuraba, sigue. ¿Quién es él?

—Tú lo conoces... Enrique...

—No me digas más...

Se quedó un momento seria y buscando el fondo de las pupilas de su amiga, interrogó:

—¡Amor espiritual! ¿verdad?

—Sí...

—Hija eso no tiene importancia. ¿Te ha dicho él algo?

—No, aun no... es decir, sí, dice que soy bonita... que...

—Ya me lo figuro. Pues mira me parece bien. Dicen que es el amante ideal...

—¡Blanquita!

—Naturalmente, mujer. Pienso que no os vais a estar así toda la vida. Enrique no es hombre de platonismos, de amores bucólicos... Además después de todo tienes una ventaja, es soltero. No te creas que es una ventaja para que se case contigo, es de los que no se casan, pero...

—¡Por Dios, Blanquita yo no me atrevería nunca...

—No seas tonta; será lo que él quiera. ¡Pobrecita! No cuentas nunca con tus fuerzas para resistir, son fuerzas ilusorias que se acaban siempre en el momento que más falta hacen.

—¡Me asustas!...

Blanquita se había puesto en pie y se colocaba el

sombrero delante del espejo, con el trajecito mañanero tenía un aspecto de chico, que no le iba mal...

—¿Te vas?

—Sí, ya es tarde—y volviendo sus ojos de viciosa hacia ella añadió:—Si te decides hablaremos más claro, ahora me da un poco de remordimiento, eres una chiquilla, por supuesto no necesito encargarte el silencio.

—Descuida... ni yo a ti...

Se besaron efusivas y apasionadas, sellando su mutua amistad.

Cuando Gloria se quedó sola, con los ojos luminosos y perdidos en un punto invisible murmuró:

—Tiene razón Blanquita, será lo que él quiera.

## CAPITULO V

### Amarguras

—¡Qué hermosa noche! ¿verdad nena?

—Sí, pero no se porque estas noches tan serenas me dan una enorme tristeza.

—Bah, no seas tonta; ven al salón. Ahora está recitando esa cursi de la Alcázar una poesía sentimental peor que el célebre canto «Vorrei Morire».

—No, déjame...

—Te advierto que es delicioso verla poner los ojos en blanco y estirar los brazos lánguidamente, mientras que por el descomunal descote asoma su carne color salmón.

—Sí, pero me gusta más estar aquí.

—¡Romántica! Me voy, procuraré enviarte a Enrique.

—Nó, déjalo, está muy entretenido.

—Vamos lo dices porque hace una hora no se separa de Nina Romeral y temes que se enrede en sus gracias felinas, (según dice ella misma) pero no es peligrosa, es de las mujeres que no pueden retener a los hombres más que eso... una hora.

—Es muy bonita.

—Psh... llamativa.

—Sin embargo...

—Te inquietas por poco, me voy a flirtear un rato

con Javierito que ya me ha dicho esta noche cuatro frases de novela por entregas que él cree muy éxóticas.

—Mujer, no seas mala.

—¿Mala?... No, inquieta.

Se alejó riendo con el rojo airón de su melena alborotado.

La noche plácida llenaba de una dulce luz la terraza, se sentía también así, un poco olvidada, alejada de todo, calmadas sus inquietudes. ¡Cuánto había cambiado su vida, cuantos pensamientos puros idos, cuánta inocencia perdida significaba aquel cambio! Aún no se daba cuenta del camino que las frases de Enrique iban labrando en su alma. Cada paso de avance por la vida era un dolor, una inquietud para su corazón que a pesar de todo, guardaba una ingenuidad grandísima, un perfume delicado de inocencia que también vivía en los grandes ojos luminosos y serenos y en la boca de jugosos labios, que aún no se habían plegado para el primer beso... y a pesar de la claridad con que su instinto le hacía ver la pendiente no sabía sustraerse a la suavidad de la rampa y se deslizaba plácidamente, si alguna vez quería detenerse era una frase de él, una mirada de los ojos perturbadores o una leve caricia lo que la empujaba de nuevo. ¡Era tan triste no tener voluntad!... Blanquita con su cinismo de mujer experimentada, le había dicho un día en que ella doliente le pidiera ayuda.

—Hija, vacilas demasiado y cuando quieras acordar Enrique se habrá marchado. Como a ellos no les cuesta ningún trabajo.

¿Y no sería mejor que se fuera para siempre? pensaba Gloria, pero el terror que le produjo esta idea, la hizo comprender que no lo deseaba...

Dos lágrimas lentas, suscitadas por sus pensamientos; dos lágrimas dolorosas, cayeron por las rósadas mejillas. Eran estas lágrimas menos superficiales que aquellas del colegio, salían de más adentro y la ahogaban con su amargura. Un suspiro le ensanchó el pecho y callada, silenciosamente, lloró sin sollozos mucho rato.

—¡Gloria!...

Se volvió rápida, sin tiempo para secarse las lágrimas, ensayando una sonrisa.

—¿Usted, Enrique?

—¿Qué es eso, Gloria, está usted llorando?

—No, nada... Un recuerdo penoso... no me haga usted caso.

Se avergonzaba de que la vieran llorar. ¡Eran tan íntimas sus lágrimas!

—No sea usted así...

Interiormente se regocijó ella. Ahora las frases dulces, los dulces consuelos la harían feliz.

—No sea usted así—repitió.—Las mujeres bonitas no tienen derecho a llorar; los ojos se marchitan y la boca se contrae con un gesto amargo que no sienta bien.

Hirió a Gloria toda la frivolidad de sus palabras, retiró la mano que él había cogido entre las suyas y preguntó irónica:

—¿Se puede pensar en que nos estropeamos llorando cuando sentimos un dolor sincero?

—¡Un dolor sincero! ¿ya tienes usted dolores sinceros?

—¿Por qué no?...

—¿Le ha dicho a usted su modisto que no le podrá entregar un traje para el día que usted desea?

Se sintió ofendida.

—¿Me cree usted tan frívola?

—Como debe usted serlo. Los dolores, las grandes amarguras, no le sientan a usted bien, borran ese gesto de pilluelo que tiene a veces.

—¿Me aconseja usted la frivolidad?

—Sí, señorita, ponga una eterna frivolidad en todo; frivolidad en el amor, en el pensamiento... Una mujer llena de cosas transcendentales, pierde la mitad de su encanto.

—Vivir frívolamente es no vivir.

—Se engaña usted, Gloria, es vivir más, hay qué vivir así, ligeros, locos, impulsivos...

Se había ido acercando a ella y buscó su mirada.

—¿Qué dolores puede usted tener, niña?

Rehuyó ella el contestar.

—Sí, verdaderamente...

Pero la interrumpió él:

—No haga usted filosofías a los diez y ocho años... se echará usted a perder... sea coqueta, falsa, cásese...

—¡Casarme!

—Sí, con ese chico que la pretende.

—¡Casarme!—protestó de nuevo.—No, no.

—¿Por qué? ¿No le gusta a usted su pretendiente? Parece un buen chico y la hará a usted feliz, la llenará de alhajas, le dará automóviles...

—Yo no sería feliz con eso.

—Sí, porque en el fondo no es usted más que una pobre muchachita burguesa que ha querido hacer su escapatoria hacia el ideal.

Se sintió lastimada profundamente en su amor propio, perdió la timidez, y clavando con firmeza los ojos en Enrique, aseguró:

—Es muy poco galante todo eso que me dice usted; mi alma tiene otros anhelos.

Sonreía él maquiavélicamente satisfecho.

—Anhelos ¿de qué?

—De vida, de...

—Continúe usted.

—Nada.

Se quedó admirada de ella misma, y musitó como en un renunciamiento:

—¡Tiene usted razón, soy una pobre muchacha!...

Callaron unos instantes mirándose fijamente.

—Que tarde he llegado a su corazón—dijo él de pronto con un tonillo sentimental—y, sin embargo, si usted quisiera podía ser usted el broche que cerrara mi historia de bohemio. Usted que tanta frescura, qué tanta juventud, trae a mi vida, mi vida gastada, que es el resúmen de muchas vidas.

Mientras hablaba le había cogido apasionado las manos blancas y frías, que temblaban entre las suyas. El momento esperado llegaba. Por fin iba a decirle que la quería ¿y ella?... ¿ella qué iba hacer?

De pronto él soltó sus manos y se alejó un poco.

—¿Para qué?... debe usted querer a su novio, niña, perdóneme.

Protestó ella, valientemente.

—¿Enrique, por qué juega usted así conmigo?

—¿Por qué?... Gloria, yo no juego contigo, no; es que te tengo miedo, sé que no serás nunca mía y sé que si lo fueras, no sabría prescindir de tí. Me dá miedo tu juventud, tu inocencia, soy malo, muy malo.

Poco a poco había ido estrechándola entre sus brazos, con delicadeza primero, con pasión después, la boca sedienta buscó los virginales labios, Gloria entornó los ojos...

—Por aquí deben de estar.

Era la vocecita infantil de su hermana, se separaron bruscamente. Gloria trémula, él tranquilo:

—¿Decía usted que la encantaría conocer Italia?...

## CAPITULO VI

### Sacrificio

De pie delante del espejo Gloria se arreglaba las rubias trenzas, sobre la nuca suave y mórbida de irisaciones de nácar.

La gracil figurita, se retrataba en el espejo con toda su gracia mimosa y quebradiza. Había cambiado mucho, los ojos estaban rodeados de profundas ojeras violeta, la boca jugose y fragante se contraía ahora en un suave gesto desdeñoso y triste. Sin embargo a ella le agradaba aquel cambio que había hecho desaparecer por completo el aire cándido y asustadizo del colegio; se encontraba más mujer, más cerca de aquellos tipos de Boulevard que tanto le agradaban a Enrique.

En su deseo de transformarse para él estudiaba un ademán de pilluelo, cruzaba las piernas atrevidamente y hasta llegaba a hurtadillas de su familia a encender un cigarro, con el gesto procaz que él le había enseñado, recordando a otras mujeres.

Desde la noche de la terraza el beso que no llegó a posarse en sus labios, la atormentaba con un fuego extraño y muchas veces, en la soledad de su habitación, plegaba los labios como para recibirlo.

Parecía haber algo de maleficio en aquel amor que cada vez se iba haciendo más fuerte de tanto pensar en él. Era una entrega total de su vida, una continua recordación de cada hecho, de cada gesto que aún ella

engrandecía más poniéndole todo el rico colorido de su fantasía. Seguía sus consejos con un verdadero apasionamiento y procuraba vestirse con los colores tenues y delicados que él le había dicho que rimaban con su belleza. Su alma, entregada completamente en aquellas manos refinadas y falsas, iba moldeándose en todas las perversidades y despojándose de aquella ingenuidad que era el mayor encanto que poseía.

Casi no se habían vuelto a ver y apenas si pudieron cruzar dos palabras íntimas, fingiendo con una sonrisa una completa indiferencia. El carácter apasionado que de pronto se había revelado en Gloria, se avenía mal con aquella separación, necesitaba hablar con él, sentir la voz que tan dulcemente sabía llegarle al corazón y creyéndose amada necesitaba ver ese amor reflejado en sus ojos. Además se creía una especie de regeneradora, pensaba que ella podía ser el último amor del mundano y que era casi un crimen no ofrecerse toda para salvarlo de la vida frívola y solitaria.

Por eso aquella tarde lo recibiría sola, sin miedo de que vinieran a interrumpirlos, hablarían largo rato, pensarían en el provenir y por fin podría demostrarle toda la apasionada ternura de su cariño.

Un reloj lejano dió las cinco, acabó Gloria su tocado y fué a sentarse en una butaquita junto al balcón. El no podría tardar en llegar, un sentimiento mezcla de deseo y temor luchaba en ella. Nerviosa recorrió con los ojos toda la estancia. El cuartito querido que fué primero objeto de sus sueños de niña y refugio de su vida íntima más tarde. Encima de la mesa del centro unos claveles rojos daban sus fragancias. Se levantó y se prendió algunos en la blanca blusita, eran regalo del pretendiente, del muchacho sencillo y franco que la quería con un amor puro, exento de toda extravagancia, amor que ella no sabía apreciar porque todo lo veía bajo el influjo de Enrique.

El cuarto entero estaba lleno de sus cosas más amadas, cada cuadro, cada muñequito, era algo de su propia vida. Nada había cambiado desde su salida del colegio, sólo en ella se operó la transformación, ella que no era la muchacha alegre y risueña de antes, ella que al despertar a la vida, se sumió en aquel amor lleno

de cosas falsas que sería la irreparable equivocación de toda su existencia.

Sonó el timbre de la puerta. Gloria corrió a abrir, no se engañaba, era él, temblorosa y en silencio le tendió una mano, conduciéndolo al salón.

—¡Gracias a Dios que puedo verte, que puedo hablar contigo! Tengo tantas cosas que decirte,—dijo él atrayéndola hacia sí.

Fueron a sentarse en el sofá. Ella había vuelto a adquirir de pronto, casi milagrosamente, toda su dulce timidez de colegiala. Estremecida, con los ojos bajos y las manos blancas y transparentes, de imagen bizantina, caídas sobre la negra seda de la falda, no sabía que responder.

El continuó:

—Necesitaba verte así, sentirte más mía, que no nos separara todo ese mundo que te rodea y que te aleja de mí.

Lo miró ella con los bellos ojos húmedos y apasionados.

—¡Separarme de tí! No podrá conseguirlo nadie, —se atrevió a decirle.

Sonrió él.

—Nos separará todo—dijo con tristeza—la misma vida y quizás el mismo amor.

—No quiero que me hables así, yo seré más fuerte que todo...

Mimosa y estremecida, le echó los blancos brazos al cuello, vió el relámpago de los ojos de él, junto a los suyos, y apoyó la rubia cabecita en su hombro.

—Yo te quiero mucho, no quiero a nadie más que a tí—suspiró ingenua.

—¿Y puedes dudar de lo que yo te quiero?—respondió él—el mío no es un amor como el tuyo, de niña, que no sabe aun lo que desea, sino un amor vehemente, apasionado, loco, porque tengo un enorme deseo de tu boca, de tus ojos.

—Enrique, mi Enrique, así soñaba yo en tu amor.

—¡Nena!...

La estrechó apasionado en sus brazos, Gloria, como en todo momento de temor o vacilación, cerró los ojos con un deseo instintivo de no ver, quizás para no darse

cuenta.... Se sintió desligada de los brazos que la apretaban y tornó a abrirlos.

Enrique había logrado dominarse. Su espíritu, que era calculador y frío, había entrevisto la responsabilidad de aquella entrega. Cogió el sombrero y disfrazando su movimiento de miedo en un gesto caballeresco, dijo:

—No, aun no soy bastante canalla, no sé abusar de ti... perdóname, pero en mí vive el último mosquetero.

Gloria lo vió alejarse sin hacer ningún movimiento envuelta aún en la pasión de sus caricias. Los claveles, rodando desde el corpiño hasta la alfombra, parecían poner un comentario burlesco a las últimas frases de Enrique.

## CAPITULO VII

### Desilusion

—Hija, eres divertidísima siempre con esa cara tan triste y esos ojitos de pena.

—Que quieres, yo soy así.

—Antes no lo eras, veo que tomas las cosas muy en serio.

—Por Dios, Blanquita; parece mentira que digas eso. Sabes que Enrique era toda mi vida.

—Yo también he creído muchas veces que mi *él* era la única razón de mi existencia y luego, me he convencido de lo contrario. ¿Por qué poner tanto corazón en una cosa que forzosamente ha de terminar.

—¡Oh! Es que esto no ha terminado, sé que me quiere. ¡Es tan bueno, tan noble! yo no puedo resignarme a no verlo más.

—Y todavía te quejas, tienes delante de tí la perspectiva de poder alimentar el recuerdo de un amor romántico, en el que no ha habido traición, y eso ya es bastante; aunque te diré francamente que lo encuentro algo aburrido.

—Quieres convencerme, crees que és algo superficial mi dolor; tú quizás no puedas comprender hasta donde me arrastraría.

—Eso se queda para las mujeres de cuarenta años

para arriba, que pueden desesperarse con razón, porque les es más difícil encontrar el sustituto.

—No quiero que hables así, ¿por qué no me escuchas seriamente alguna vez?

—Por temor a interesarme demasiado y llegar a la extrema seriedad.

—¡Qué feliz debes de ser con tu carácter!

—¿Tú crees?

—Si yo pudiera verlo todo así, tan a la ligera como tú.

—Prueba y verás como no es tan difícil, cuestión de educar el espíritu... Pero dejemos eso, quiero que me cuentes.

Se levantó Gloria del sillón que ocupaba al lado de su amiga y fué a buscar una carta al cajón del secreter.

—Escucha y comprenderás que a un hombre como Enrique no se le olvida tan fácilmente.

Ocultó Blanquita una sonrisa maliciosa, pronta a brotar de sus labios.

—Veamos que dice tu caballero.

Gloria leyó:

«Nena, he sido cobarde por ti, no creas nunca que pensara en otra cosa, te sentí en mis brazos y tuve el valor de huir de la tentación de tus caricias, porque no me consideraba con derecho a desgarrar toda tu vida, porque eres un don demasiado divino para mí.

Como el volver a verte sería mi infierno y mi tentación, huiré lejos, pero siempre será tuyo todo el amor de tu Enrique».

A través de los ojos llenos de lágrimas, Gloria miró a su amiga con un gesto de triunfo.

—¿Ves que noble?

—Sí, será muy caballeroso, todo lo que tú quieras; la carta está bien pensada, pero, hija, yo soy muy... *moderna y* no le perdonaría nunca a un hombre que venciera la tentación de tal modo estando a mi lado. Creo que tú también le hubieras agradecido más todo lo contrario.

—¿Es que no comprendes la ternura que encierra su conducta?

—¿Qué quieres? Será que a mí esas cosas se me escapan, soy demasiado vulgar...

Quedaron silenciosas breves instantes. Gloria volvió a leer la carta en voz baja... El eco de una risa que resonaba en el pasillo la sobresaltó.

—Guarda eso, será tu hermana con alguien...

Efectivamente Luisa y una señora alta y guapetona, entraron en el gabinete, venían charlando y llenas de risas maliciosas.

—¿Qué es eso de que se ríen ustedes?—prgunto Blanquita volviendo a su postura de gata encima de la *chaisse-longue*, toda encogida y friolera por haberse levantado a saludar a las señoras.

—¡Oh! Una cosa graciosísima—respondió Luisa,—¿no sabéis la aventura de Enrique Freneda?

Se sintió Gloria enrojecer.

—¡No, cuenta!—balbuceó.

—Es verdaderamente divertido; yo he pasado un buen rato oyéndosela contar a Luisito Torres—dijo la dama.

—¡Pero que es!...—preguntó Blanquita, deseosa de amenguar el tormento de su amiga.

—Figuraos, como él es así... tan bohemio... tan inquieto... cuando se vino de París dejó abandonadas a dos amiguitas, dos francesas y Luisito dice que son lindísimas que anoche llamaban la atención en Romea.

—Bueno, sigue...

—Pues nada, que viendo que Enrique tardaba mucho en volver, se han plantado aquí, las dos han hecho el viaje juntas sin conocerse y al enterarse que venían a lo mismo, se han puesto de acuerdo para recobrarlo, pero han tenido que reñir una batalla con la... amiga que tenía aquí, aquella Judith que vimos bailar.

—Y anoche—interrumpió la otra señora—ya estaban los cuatro juntos en el palco.

—¡Oh! Estos intelectuales son terribles, lo concilian todo,—comentó Blanquita irónica.

Desde el principio de la aventura, Gloria, con los labios apretados y los ojos fijos y muy abiertos, contenía el llanto que pugnaba por salir, sentía como un mazazo brutal en la cabeza y al mismo tiempo algo que

le pesaba horriblemente en el corazón. No eran celos de aquellas mujeres, era asco, desprecio del que así la había engañado; era, que de pronto, había visto toda la falsedad de aquel amor y había sentido que toda la repugnancia de la vida de Enrique caía sobre ella. Se sentía unida en la misma caricia a las mujeres aquellas, a la amante que tenía cuando le juraba ser su único amor.

Cuando Luisa terminó de hablar, no pudo contenerse más tiempo y cayó sollozante en los brazos de Blanquita que presintiendo la crisis, se habían abierto generosos para acogerla.

Las dos señoras asustadas interrogaron:

—¿Qué es eso? ¿Qué le pasa a Gloria?

Y la amiga acariciando dulcemente los rubios rizos revueltos contestó tranquila, con un suave dejo de amargura y esperiencia:

—Nada, que acaba de perder la credulidad... y eso siempre duele un poco.

## CAPITULO VIII

### Lo irreparable

—¿Es su última palabra?

—Sí, Ricardo, perdóneme usted, no puedo decirle otra cosa, no me guarde rencor. Adiós.

—Adiós...

Le tendió la mano con un suave gesto amistoso y luego lo vió alejarse por el jardín confundiéndose a poco con la sombra de los árboles. Sola, en la semi obscuridad del crepúsculo, Gloria apoyó la frente entre sas manos y dejó correr las lágrimas tibias y silenciosas a lo largo de sus mejillas, en su corazón vivía todo el dolor de lo que ella llamaba su tragedia, una tragedia sin desenlace sangriento, pero que la hacía sentirse sola, alejada de su familia, en un alejamiento que ella misma había ahondado descuidando su ternura para con ellos y el vacío de su vida se hacía más extenso, más árido, ante ese cruel derrumbamento de sus ilusiones, y quizás lo más triste no era ya aquel desencanto, sino el pensar, que en todo amor nuevo, en

todo amor que pudiera brotar, ella aportaría siempre la incredulidad. A una frase sincera contestaría con una falsa, a un verdadero acento de pasión respondería con un gesto de burla, y aun llegando a convencerse de que detrás de la nueva ilusión no se ocultaba, otro desengaño no podría entregarse a ella con todas las primeras fragancias de su espíritu, siempre el recuerdo perverso del otro amor, la inquietud malsana que despertó en su alma, se uniría al amor nuevo, y ella que deseó una verdad única sería la primera en traicionar.

Había rechazado a Ricardo, su pretendiente, por estar demasiado cerca el recuerdo del otro, pero más adelante la herida se cerraría y al querer amar de nuevo, algo irreparable se alzaría en su vida para hacerla desgraciada: la impureza de su alma. Era ésta lo que la aterraba, la que no se atrevería a entregar a otro, no por una falsa idea de pudor, sino porque creía firmemente que la impureza del pensamiento es tan grave como la del cuerpo y encierra la misma traición para el hombre amado.

Por el balcón abierto entraba el aroma de las acacias en flor, lentamente Gloria levantó la cabeza para mirar al cielo. Las estrellas daban su dulce luz de ensueño y toda la serenidad de la noche, parecía brindarle un reposo a sus inquietudes.

Quiso acogerse con un gesto de niña a la maternidad amorosa y fuerte, de la naturaleza, y con un leve encogimiento de hombros en el que resumía todo su desencanto, musitó:

—Quien sabe... Esperaré frente a la vida.

*María Alvarez de Burgos.*

# Los Noveles

**Se admiten anuncios**

**a precios reducidísimos**

**5 Cts**

Tip. ELECTRA, Valencia. 200